

Lealtad

LA HUELLA DEL LEÓN

Cuando diversos indicios señalan hacia una persona como culpable de una acción indigna, tendemos inmediatamente sacar conclusiones definitivas y tomar medidas. A menudo vemos más tarde que había sido una confluencia fortuita de circunstancias y aprendemos a ser más cautos en el futuro.

Oí decir que un rey amaba mucho a las mujeres y no tenía otra mala costumbre salvo ésta; y estaba un día el rey encima de un sobrado muy alto, y miró hacia abajo y vio una mujer muy hermosa, y le gustó mucho, y envió a requerirle su amor. Ella dijo que no lo podría hacer estando su marido en la ciudad. Y cuando el rey esto oyó, envió a su marido a la guerra. Y la mujer era muy casta y muy buena y muy sabia dijo:

—Señor, tú eres mi señor y yo soy tu sierva y lo que quieras tú lo quiero yo pero me iré a los baños a arreglarme.

Y cuando volvió, le dio un libro de su marido en el que hablaba de leyes y de juicios de reyes de cómo castigaban las mujeres que cometían adulterio» y dijo:

—Señor, lee en este libro hasta que me arregle.

Y el rey abrió el libro y encontró en el primer capítulo cómo debía prohibirse el adulterio, y se avergonzó mucho le pesó lo que quería hacer; y dejó el libro en el suelo, salió por la puerta de la habitación y dejó los zapatos bajo el sillón en el que había estado sentado. Y en esto volvió el marido de la guerra y cuando se instaló en su casa, sospechó que había dormido el rey con su mujer» y tuvo miedo y no se atrevió a decir nada por miedo al rey y no se atrevió a entrar.

Ella llamó a sus parientes y les dijo que su marido la había abandonado y no sabía ella por qué razón; y ellos dijéronle al marido:

—¿Por qué no te acercas a tu mujer?

Y él dijo:

—Hallé los zapatos del rey en mi casa y tengo miedo; por eso no me atrevo a acercarme a ella.

Y ellos dijeron:

—Vayamos al rey y le contaremos un ejemplo de lo sucedido con esta mujer> pero no se lo explicaremos; y si fuere sabio, en seguida lo entenderá.

Y entraron ante el rey y dijéronle:

—Señor, teníamos una tierra y se la dimos a este buen hombre para que la cultivase y la labrase y aprovechase sus frutos, y lo hizo así durante mucho tiempo; y la dejó una larga temporada sin trabajar.

Y el rey dijo:

—¿Y qué dices a esto?

Y el buen hombre contestó:

—Dicen verdad. Que me dieron una tierra así como ellos dicen> y cuando fui un día por el campo, encontré huellas del león y me dio miedo de que me comería, y por esto dejé la tierra sin cultivar.

Y dijo el rey:

—Es verdad que entró el león en ella, pero no te hizo nada que no tuviera que hacer, ni te hizo daño; por lo tanto vuelve a tu tierra y cultívala.

Y el buen hombre volvió a su mujer y le preguntó qué había sido eso, y ella le contó todo y le contó la verdad de lo que había sucedido con él, y él la creyó por las indicaciones que le había dicho el rey, y después confiaba en ella más que antes.

LA FIDELIDAD EN EL AMOR

Había una vez en la antigua capital de los aztecas, Tenochtitlán (en donde ahora está el inmenso valle de México), un emperador que era muy poderoso. Unos pensaban que era sabio, otros que parco en sus alabanzas. Pero el emperador gobernaba con firmeza y esplendor, manteniendo alejadas a las feroces tribus que vivían al otro lado de las montañas.

Cuando el emperador estaba en la mitad de su vida, la emperatriz le dio un heredero para su rico reino. Era una linda y encantadora

niña, a la que llamaron Ixtla. El emperador y la emperatriz la querían mucho y, como era su único hijo, la preparaban para que reinara cuando ellos murieran.

A Ixtla nunca le faltaban amigos, porque era una niña linda y cariñosa. Y cuando creció, se enamoró. Para la mayoría de las muchachas esto era un acontecimiento feliz, pero para la pobre Ixtla, no lo fue.

Su padre, que desconfiaba de todos, deseaba que ella reinara sola cuando él muriera; y le había prohibido que se casara.

Ixtla amaba a un guerrero al servicio de su padre, un fuerte y bello joven llamado Popocatépetl. Ambos se amaban más de lo que podría decirse, y, aunque eran muy felices cuando estaban juntos, sabían que la verdadera felicidad no llegaría hasta que se casaran y tuvieran hijos.

A pesar de sus súplicas, no podían convencer al emperador: Ixtla nunca se casaría.

Cuando el emperador ya era muy viejo, cayó enfermo. En ese fatídico momento las tribus enemigas del otro lado de las montañas

se lanzaron sobre su reino y atacaron a sus súbditos. Sin un jefe prudente que los guiara, los soldados del emperador retrocedieron ante el ataque, hasta que todo lo que quedó de aquel gran imperio fue la ciudad de Tenochtitlán.

El emperador, enfermo, no podía designar un general que guiara a sus hombres en el combate, porque en ninguno confiaba lo suficiente. Pero sabía muy bien que si seguía pasando el tiempo y no tomaba una decisión, pronto no existiría imperio para él ni para su hija.

Entonces, lanzó una proclama: quien consiguiera vencer al ejército enemigo y lograra expulsarlo de sus dominios se casaría con su hija y regiría junto a ella los destinos del imperio.

Ixtla sintió miedo al conocer la decisión de su padre. Temía que otro valiente guerrero, y no su amado Popocatépetl, consiguiera vencer a las tribus enemigas. Prefería morir a casarse con otro.

Los soldados, al conocer la noticia, cobraron nuevos ánimos. Casarse con la princesa y regir el imperio era un premio tentador. Todos redoblaron su ardor y su astucia. Nunca antes se habían visto guerreros tan esforzados en el campo de batalla.

Pero la guerra fue larga y dura. Para entonces, las feroces tribus del otro lado de las montañas se atrincheraron en el lago de Texcoco, ante las murallas de Tenochtitlán.

Murieron muchos valientes, atravesados por los afilados machetes de obsidiana o por las lanzas. Muchos fueron también los soldados que sobresalieron por su valor en el campo de batalla.

Sin embargo, hubo uno que dobló su valentía a todos los demás y que logró sobrevivir. Era Popocatépetl, el único amor de la linda Ixtla. Al final, fue él, protegido por su grueso acolchado, empapado de sudor, quien dirigió el ataque más fuerte en la derrota del ejército enemigo y los expulsó del valle. Con gran regocijo, todos los soldados aclamaron como jefe a Popocatépetl.

Tras descansar una noche de su enorme esfuerzo, se dispusieron a llevar estas felices noticias al emperador.

Pero había algunos soldados malos que tenían envidia de Popocatépetl. Sin quedarse a descansar aquella noche, salieron sin ser vistos y al amanecer estaban ante el emperador. Y las noticias que le dieron fueron que, a pesar de que el ejército del emperador había logrado ganar la guerra, su jefe, Popocatépetl, había sido abatido en combate.

En cuanto el emperador oyó esta noticia, ordenó que el cuerno del héroe le fuera llevado para tributarle unas honras fúnebres adecuadas. Pero los malvados soldados dijeron que Popocatépetl había muerto a orillas del lago Texcoco y había caído al agua.

Pronto llegaron a oídos de la princesa Ixtla estas falsas noticias. Nada de lo que dijeran o hicieran su padre o su madre podía mitigar su dolor. Lloró y lloró, dejó de comer y de beber, y los mejores curanderos de la ciudad nada pudieron hacer para salvarla. No deseaba seguir viviendo sin su amado Popocatépetl y, al poco, exhaló su último aliento.

En el preciso momento en que moría, el victorioso desfile con Popocatépetl al frente llegaba a las puertas de la ciudad. victoriosos soldados avanzaban por las calles de la ciudad entre los vítores de la multitud, en dirección al palacio del emperador. Triunfante, Popocatépetl anunció al emperador la buena noticia de la victoria. Con lágrimas de alegría en sus mejillas, pidió la mano de la princesa.

El emperador bajó la cabeza apenado. Contó al valiente guerrero las noticias falsas que le habían dado los malvados soldados, la enfermedad de su hija al conocer la falsa muerte Popocatépetl y su muerte poco antes de que él llegara.

El rostro tranquilo y rosado del joven se puso pálido; tomando su fiel espada hizo salir a aquellos falsos profetas de su destino y los desafió a todos a un combate singular: en presencia del emperador y de todos los victoriosos soldados, se batió en duelo con ellos y mató a todos aquellos hombres envidiosos. Nadie hizo el menor gesto para detenerlo.

Realizada esta tarea, se dirigió a la habitación donde yacía el cuerno de Ixtla sobre el lecho, en el reposo de la muerte. Con increíble delicadeza la tomó en sus brazos y salió del palacio y de la ciudad. Nadie hizo el menor gesto para detenerlo.

Después de alejarse de la ciudad, se detuvo e hizo señas a los soldados que le habían seguido en su duelo. Les ordenó construir una pirámide gigantesca con todas las piedras que encontraran en la llanura. Los hombres trabajaron duro y rápidamente, mientras Popocatépetl permanecía de pie ante ellos, con el cuerno muerto de la princesa en brazos.

Al ponerse el sol, el inmenso edificio estaba terminado. Se alzaba blanco e inmaculado, deslumbrante entre los moribundos rayos del sol.

Lentamente, Popocatépetl subió solo, llevando el cuerno de su amada. En la cima depositó con suavidad el cuerno de Ixtla, la princesa a la que tanto había amado, en una urna de oro.

Aquella noche durmió junto a la silenciosa tumba. Al alba, se dirigió a sus fieles soldados:

—Levantad ahora otra pirámide junto a ésta, un poco más alta que la primera, para que pueda ver la tumba de mi amada.

Con las luces púrpuras del atardecer la segunda gran pirámide estaba terminada y Popocatépetl inició su solitario ascenso de aquella mole de piedra, llevando esta vez una antorcha encendida. Al llegar a la cumbre, los soldados vieron desde abajo el humo ceniciento y la brillante llama roja iluminando la oscuridad de la noche. Poco a poco, el humo se volvió malva; después rojo fuerte, el color de la sangre.

Popocatépetl permaneció allí, alto y orgulloso, sujetando su antorcha en memoria de la linda Ixtla, que había muerto por su amor.

Llegaron las nieves, los años pasaron y las pirámides de piedra se convirtieron en montañas de cumbres blancas. Y allí están todavía. La del norte de Tenochtitlán es llamada Ixtla, Iztaccihuatl, la Mujer

Blanca; la del sur, un poco más alta y todavía humeante, es llamada Popocatepetl, la Montaña Humeante.

